

Ciclo C: XXIV Domingo del Tiempo Ordinario

Mario Yépez, C.M.

El Opción radical por Cristo

Esta sección que se abre con el capítulo 32 del libro el Éxodo es un conglomerado de tradiciones que han intentado reunirse de manera muy complicada reflejando quizá épocas posteriores donde estaba en juego mantener viva la alianza con el Dios de los patriarcas en medio del peligro de la influencia de otros dioses en tiempos de la monarquía dividida. Así, pues, se inserta este episodio del becerro de oro luego de la entrega de la Ley a Moisés en el Sinaí. Sin duda, tiene toda una connotación apologética ya que el peligro de la idolatría asumida en la figura del becerro de oro amenaza con la identidad religiosa de Israel sustentada en la tradición de los patriarcas. Dios nunca se había manifestado visiblemente al hombre y esto marcaba la diferencia entre la divinidad y el ser humano, pero aún así, el Señor por medio de Moisés se reveló con poder y temor en el monte Sinaí presentando la Ley por la cual Israel aceptaba al Dios de Israel. Israel no se atrevía a representar con imagen alguna a Dios y esto es lo que de alguna forma defendía el arca de la alianza, que no representaba en absoluto a Dios sino más bien era un signo de su presencia en medio de su pueblo, representada en las tablas de la Ley depositada en ella. Probablemente, una tendencia contraria a este símbolo del arca de la alianza fue la que se alzó por representar a Dios como un becerro fundido comparándose quizá con otros pueblos vecinos que optaron por representar a sus dioses de esta forma. Es obvio el énfasis que pone la narración entre la pasividad de un becerro fundido y la acción salvadora de un Dios presente y actuante. Pero lo que realmente llama mucho la atención es el diálogo que se teje entre el Señor y Moisés. La ira de Dios entra a tallar como justificable ante lo que está sucediendo y el autor bíblico desafiando la teología de la absoluta santidad y la fidelidad a los designios divinos plantea a Moisés un cambio de dirección a su proyecto con Israel. Es indudable, que en este diálogo, el autor quiera resaltar también el reconocimiento de Moisés como gran intercesor en favor del pueblo y queda demostrado con su intervención. Su razonamiento es contundente ya que Israel mismo, en medio de sus pecados y murmuraciones, es la expresión viva de la presencia salvadora de Dios que supo confiar a los patriarcas su proyecto de una alianza firmada con la manifestación de su favor en la promesa de la tierra. La reconsideración de Dios no muestra en absoluto ninguna debilidad ni pérdida de su carácter divino sino más bien la fidelidad del Señor a su plan salvífico y la confirmación de que Israel tiene que reflexionar mucho sobre su condición de pueblo elegido.

Este fragmento de la primera carta a Timoteo hace un recuerdo de la experiencia de conversión Pablo convirtiéndolo en una acción de gracias. Pablo reconoce que su ministerio es un servicio que le ha sido confiado por la misericordia de Dios a pesar de su pasado de perseguidor de la comunidad cristiana. La gracia de Dios se ha desbordado y él se convierte en garante de que es posible que Dios confíe en quien el mundo no sería capaz de confiar. Dios no se contradice, él ha venido a salvar a los pecadores y el testimonio de Pablo es más que elocuente, pero la clave para

poder entender este proceso no parte del esfuerzo de Pablo sino en la aceptación de la misericordia de Dios que se derrama en sus hijos más necesitados, quienes se convierten en verdaderos heraldos del evangelio y testimonios plenos de la iniciativa salvífica de Dios. La doxología final reivindica la acción de gracias y cierra el círculo de la manifestación salvadora de Dios: él es quién la inicia y es él a donde tiende la gratitud y en quien se consuma toda glorificación.

Lucas introduce una sección de parábolas (tres) en este capítulo 15 como si fueran una sola gran parábola cuyo tema central es la misericordia de Dios con los pecadores. El contexto es la crítica de los fariseos y escribas porque Jesús acogía y se sentaba a comer con publicanos y pecadores. Esta aparente realidad conflictiva para quienes cuidaban mucho de sentarse a la mesa con pecadores, se convierte en la motivación para reflexionar sobre la iniciativa misericordiosa de Dios en favor del hombre. La atención por la oveja perdida y la dracma perdida hace notar la predilección de Dios por los que se encuentran “perdidos” y no orientados en el camino del seguimiento de Cristo. Pero la alegría de haberlos ganado para Dios se convierte en un testimonio vivo para la comunidad quienes están llamados a alegrarse con el hermano que se hallaba perdido. Para Lucas es importante el arrepentimiento y el cambio de actitud que brota no de la iniciativa del hombre sino del amor misericordioso de Dios. La larga parábola de los dos hijos intenta ser mucho más pedagógica y expresiva en este asunto. Lo cierto es que ninguno de los dos hijos se muestran como hijos del padre. Uno de ellos, el menor, recurre al alejamiento sin importarle para nada su padre sino solo su parte de la herencia. El otro, el mayor, solo es un cumplidor de normas y poco asequible a vivir la alegría de la conversión de su hermano. La dureza del juicio del hermano mayor agrava la situación puesto que el hijo menor no sólo despilfarra todos sus bienes sino que decide volver a la casa pero no como “hijo” sino como uno de los trabajadores de su casa. La soberbia del hermano mayor lo lleva a desafiar a su padre dejándolo de lado y deseando tener un banquete con sus amigos. Con tales personajes adyacentes, la central figura del Padre sale a relucir poniendo en conflicto todo intento de ambos hijos por buscar quedar bien ante lo hecho y ante lo dicho. La iniciativa del Padre en cada momento es conmovedora. Sus acciones y palabras solo intentan reivindicar algo que les pide a ambos: que sean sus hijos. Y para ser hijos también es importante que aprendan a ser hermanos.

La palabra de Dios en este domingo desafía la teología tradicional y nos muestra un Dios que tiene un punto “débil” y que en definitiva lo convierte en fuerte y poderoso: “su misericordia”. Pongámoslo de la forma tan sencilla como lo presenta la Palabra este domingo: Dios acepta la intercesión de Moisés y reconsidera su designio contra Israel; su elección hacia Pablo es un testimonio de que los ojos de Dios ven mucho más allá que los ojos de los hombres y en esto su gracia se derrama sobre quien se convierte en su elegido subsanando así todo su pasado; finalmente, Dios nos quiere como hijos e intentará siempre que nos reconozcamos como tales y esto nos compromete a vivir la alegría de ser hermanos, aprendiendo a perdonarnos y a alegrarnos porque “mi hermano estaba perdido y lo hemos encontrado, estaba muerto y ha vuelto a la vida”. ¿No puedo alegrarme por ello? Dejemos actuar a la misericordia de Dios, no nos resistamos a ella, no pretendamos llevarnos los aplausos porque si cambiamos de actitud es porque Dios nos ayuda en

ello. Con Dios de nuestra parte todo lo bueno puede pasar. Sólo nos queda vivir como “hijos de Dios” y comportarnos como tales, y aún a pesar de las equivocaciones, no renunciamos a buscar y acceder a su infinita misericordia. Ahora, unámonos al salmista y aclamemos a viva voz: “Señor, me abrirás los labios y mi boca proclamará tu alabanza”.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)